



SAN AGUSTIN DEL PALMAR.

La batalla fué dada á campo raso, para desimpresionar al Conde de Castro Terreño, de que las armas americanas se sostienen no sólo en los cerros y emboscadas, sino también en las llanuras y á campo descubierto.—MARIANO MATA-MOROS.—Parte oficial dirigido á Morelos.

I

Se extiende el llano taciturno y triste.
Bajo el toldo estrellado de los cielos,
Y en su faz se percibe, descansando,
De realistas un ancho campamento.
Custodian un convoy: grandes riquezas
Conducen bajo carros, por el yermo
Arenal de la costa ó por las peñas
Del Andes majestuoso y opulento.
Mas ahora están dormidos: sólo se oyen
Vagas voces que turban el silencio:
El follaje agitado; el triste aullido
Del astuto coyote, el vocinglero
Piar del ave que los alres rompe
Llevando al nido el presuroso vuelo,

Y el alerta pausado del realista
 Que ve tenaz el horizonte extenso.
 Las negras masas de los grandes carros
 Alumbra el temblador chisporroteo
 De rojizas hogueras inflamadas
 Sobre la tierra con quebrados leños,
 Y cruza en lo alto con callada planta
 El brillador ejército del cielo.
 Triste se mira el extendido llano,
 Bajo el manto invisible del sosiego:
 ¡Más triste está, más triste, un hombre libre
 Si un tirano lo lleva al cautiverio!

II

Sobre la frente del altivo monte
 que del llano descansa en el lindero
 Como un valiente que cayó en la lucha
 Herido, sí, pero la altura viendo,
 Se va elevando al fin entre los aires
 La bella aurora de semblante tierno.
 Ella es como una virgen soñadora:
 Tiende á la espalda su dorado pelo.
 Y, soñolienta, su semblante envuelve
 Con rojas nubes como chal soberbio.

El desierto insensible se reanima:
 Se endereza por fin el campo yerto.
 Y el carro empieza su penoso viaje
 Mientras el corcel sacude su cabello.

Mas súbito el clarín los aires corta
 Cual pájaro fugaz: es que el experto
 Ojo del centinela ha distinguido
 Del insurgente el pabellón enhiesto,
 Azul y blanco como el cielo puro,
 Azul y blanco como el mar inmenso.
 Es que van á pedir á los realistas
 Tierra y espacio y del poder el cetro,
 Los guerreros del bravo de los bravos.
 Los dignos hombres del sín par Morelos!

III.

Sonó el tambor en el undoso espacio;
 Como sierpes se mueven los guerreros
 Sobre el mundo desierto, que se eriza
 Con humos blancos y corceles negros.

Un instante se inclinan los valientes:
 Tendido tienen el fusil certero
 Y los envuelve, cual glorioso manto
 El fogonazo, la humareda, el trueno.

Y así como los aires tempestuosos,
 Escuadrón de ginetes va corriendo;
 Apenas tocan los ferrados cascos
 El polvo que se eleva en su sendero:
 Matamoros los manda, los persigue
 Con su ojo azul entre el terrible estruendo:
 Y está cual semi-díos entre los suyos
 En el triunfo pensando de los buenos.

La crin al aire, llameando el ojo,
 Abierta la nasal, tascando el freno.
 Va el caballo fugaz como la sierpe
 Que se perdiera entre el follaje espeso:
 Y va el gineté con su cuerpo echado
 Sobre el bruto; el rendaje lleva suelto
 Y grita de furor, y delirante
 La espada oprime entre sus duros dedos.
 Llegaron como un nudo que se aprieta,
 Estrechándose van contra el ibero,
 Por más que éste derrama en torno suyo
 Sangre y sangre á los golpes de su hierro.

Pero el convoy avanza: no detienen
 Su paso los soldados ni un momento:
 Corriendo van, y en el espacio quemán
 De su fusil el inflamable cebo.

La lucha sigue, la humareda sigue,
 Cruzan el llano aún los extranjeros,
 Aún ruedan los heridos: está llena
 La tendida llanura con los muertos.

Pero el jefe ha ordenado, y á su frase
Retroceden los libres, y los fuegos
De sus cañones van saltando entonces,
De entre sus filas cual chacal hambriento.

Empúñase la espada matadora,
Llamean con el sol los curvos hierros,
Y cruza pavoroso en el espacio,
El grito de la muerte, el "á degliello."
¡Ah! los rojizos charcos se han formado!
¡Las cabezas se arrancan de los cuerpos!
Es que surcan el aire los cuchillos,
Fugaces, sí, pero con sangre llenos!

Corcel herido sobre muertos pone
Su pezuña nerviosa, y en el suelo
Riega sangre también que hacha filosa
Hizo salir de su venoso cuello.

Perdido corre en el enorme llano
Entre el polvo que flota siempre denso
Y tembloroso, en el espacio lanza
Loco relincho de dolor siniestro!

Y así la lucha sigue: el sol en vano
Al Zenit, silencioso va ascendiendo
Como el romano, que en el monte mira
Gozoso destrozándose á los pueblos.

Mas luego arrojan el cuchillo roto
Los terribles soldados, sin aliento:
Y extraviados los ojos, van perdidos,
Como el torpe huracán sin derrotero.

Así la tempestad: brama iracunda
Sobre la mar con su clamor horrendo
Mas luego se deshace: huyen las olas
Como huyen en el llano los dispersos.

IV.

Triunfó la libertad! Gloria, insurgentes!
Mirad al enemigo por fin muerto;
Mirad el llano á la postrer vislumbre
Del sol, que va al ocaso descendiendo.

América, loor! Bendita seas,
Virgen que entre los mares y hasta el velo
De las nubes, ergulste tu alba frente
Con clara frase libertad pidiendo!
América, loor! Himnos te entone
Con voz audaz el incansable viento,
Que en el espacio como rey salvaje
Alzó atrevido su aduar espléndido.

Y que cante también á los patriotas
Y que repita los heróicos hechos
De aquellos hombres que te hicieron libre,
Los que la espada para tí blandieron.

Matamoros, Aquiles de la guerra,
En el llano glorioso te contemplo,
Y á tu memoria un armonioso canto
Vino un instante y conmovió mi pecho.

Hay al Oriente del tendido llano
Un monte, que se eleva como un genio,
Y tiene en lo alto reclinada siempre
Su blanca sien de deslumbrante hielo.

Es el Citlatepetl; pero, esa tarde
Dijérase que estaba sonriendo
Desde su alcázar de nevadas peñas,
Al triunfador teniente de Morelos.

Y la tarde, esa dulce enamorada
Que se sienta en el borde del desierto,
También miraba al atrevido atleta
Desde el linde del ancho firmamento.

EZEQUIEL A CHAVEZ.



LA GENERALA.

(Antonia Nava de Catalán.)

I

¿Qué buriles grabarian,
ni qué colores pintaran,
ni qué mármoles ó bronces
á representar alcanzan
para las generaciones
venideras, las hazañas
de los héroes que murieron
por defender á su patria,
y cual tributo debido
nuestra gratitud reclaman.....?

No en libros, telas ni bronces,
ni humildemente cantadas
por medianos trovadores
deben ser cosas tan altas.....
dentro de los corazones
culto debemos de darlas,
y para asombro de todos
y para edades lejanas,
un Homero debería,
de su genio con las galas,
cantar como se merecen
unas proezas tan magnas.

II

Sitio... la montaña enhiesta...
 un pueblo sin importancia
 escondido en un repliegue
 de la sierra de Xaliaca,
 ó Tlacotepec....—Guerrero....
 Estrechamente sitiada
 por las fuerzas virreinales,
 defiende el pueblo una escasa
 fuerza de tropa insurgente
 que, sin esperanza, aguarda
 tranquilamente el desastre
 sin rendir la débil plaza.....

El puñado de valientes,
 Nicolás Bravo comanda.....
 El hambre extrema el peligro,
 y en lucha tan desastrada,
 va muchos de los sitiados
 se destemplan y amilanan,
 y en la rendición empiezan
 á poner una esperanza.....

Bravo, el "humano", venciendo
 su natural repugnancia,
 para que otros se alimenten
 y guardar puedan la plaza,
 se resuelve al sacrificio
 de algunas vidas, y manda
 diezmar al valiente grupo.....

A obedecer se adelanta
 don Nicolás Catalán,
 cuando doña Antonia Nava
 su consorte, y Catalina
 González, otra preclara
 patriota y amiga suya,
 se presentan y declaran:

"General: aquí venimos
 en clase de voluntarias.....
 ya encontramos la manera
 de servir á nuestra patria....."

verdad es que no servimos
 para manejar las armas;
 pero pueden nuestros cuerpos
 convertidos en pitanza,
 sostener á los valientes
 defensores de esta plaza.....
 Hélos aquí... destrozados...
 y en raciones se repartan
 sin perder un solo instante....!
 y acercando al seno un arma,
 hizo á desgarrarse el pecho,
 pero muchas manos, rápidas
 detuvieron aquel brazo,
 á la vez que vitoreaban
 heroísmo tan sublime....
 y echando mano á las armas
 después, hombres y mujeres
 con grande arrojo peleaban,
 y casi todos murieron;
 pero sin rendir la plaza.

III

Más tarde, aquella heroína,
 esa doña Antonia Nava,
 á quien la tropa insurgente
 llamaba la Generala,
 y de Cornelia en el molde
 seguramente vaciada,
 estando frente á Morelos,
 á tiempo que contemplaba
 de un deudo el cadáver yerto,
 víctima de los de España
 y ex-tambor de un regimiento,
 cuando el gran caudillo trata
 de consolarla en su pena,
 ella se iergue y exclama:

"No vengo á llorar la muerte
 de mi deudo, que á Dios gracias
 murió su deber cumpliendo....."

vengo á entregar á la Patria
cuatro hijos que me quedan;
tres, pueden tomar las armas...
el chico, será tambor,
y así cubrirá la plaza
del muerto.....!

¡Cuánta grandeza....!

¡Cuánta elevación de alma...!

¿Qué buriles grabarían,
ni qué colores pintaran,
ni qué mármoles ó bronce
á representar alcanzan
para futuras edades
tan portentosas hazañas.....?

Sólo un Homero podría,
de su genio con las galas,
pintar como ellas merecen
acciones tan levantadas!

JUAN N. CORDERO.

Xalapa, Julio 1910.



HAZAÑA DE MIER Y TERAN

I

¡Cuántas vidas extinguidas!
¡Cuánta sangre derramada,
Que humeante enrojeciera
El suelo de Nueva España!
La sangre de aquellos héroes
Era sangre inmaculada
Que á torrentes fué vertida
En las aras de la Patria,
Fué fertilísimo abono,
Que otros seres engendrara,
Seres valientes y activos,
Seres de virtud preclara,
Que denodados y dignos,
Mártires de causa santa,
Despreciaron los peligros,
Y llenos de fe y constancia,
Sintiendo arder en sus pechos
Del patriotismo la llama
Por lograr la independencia
De la tierra mejicana
Dieron pruebas de bravura,
De arrojo y valor sin tasa.

II

¡El vaticinio cumplido....!
Hidalgo, con grande calma,
Al iniciar su gran obra

Dijo: "La suerte está echada,
 Pagaré con mi cabeza,
 Empresa de tanta audacia;
 mas ya sembré la semilla,
 Llena de vigor y savia,
 Que con todos sus esfuerzos
 No podrá arrancar España."
 Y así fué: el heroico cura
 Vió su existencia segada
 Y mil y mil perecieron
 En la lucha sacrosanta;
 Mas su fecundante sangre
 Que nuestros campos regara,
 Hizo brotar nuevos frutos
 De fuerza y potencia raras.

III

En mil ochocientos once,
 Por el rumbo de Oaxaca
 Unido á los insurgentes,
 Mier y Terán se encontraba.
 Coronel de artillería
 Y muy experto en el arma,
 Que el triunfo había de obtener,
 Con seguridad juzgaba.
 Pequeñas escaramuzas,
 Reflejo de una batalla
 Unas tras otras venían;
 Mas en la lucha tan ardua
 Comprendían los insurgentes
 Que no obtenían gran ventaja;
 Pero un hecho inesperado
 Vino á enardecer las almas
 Y á realizar, algún tanto,
 Sus ardientes esperanzas.
 Alvarez, en esos días,
 A Oaxaca gobernaba
 Y con mucha artillería
 Víveres y tropa brava,
 Sin vacilación dispone

Sitiar á Silacayoapan
 ¡Qué va á ser del insurgente....!
 ¡Defiende una noble causa....!
 ¡Siente el valor en su pecho,
 Pero le faltan las armas!
 ¡Sus víveres son escasos;
 Sus pertrechos, polvo, nada;
 Mas cuando el valor alienta,
 Cuando se siente en el alma
 Un sacro y noble ardimiento
 Por una idea noble y santa,
 ¡El ingenio se despierta;
 La inteligencia se aclara!

IV

Sesma está muy preocupado.
 El era quien comandaba
 Al puñado de valientes
 Que á su lado peleaban,
 Por lograr la independencia
 De México, de su patria....
 Piensa, medita, cavila,
 Se agita en terribles ansias,
 Hasta que al fin se dirige
 A Mier y Terán y le habla:
 —¡Coronel! ¡Esto es seguro!
 ¡Los españoles nos matan!
 ¡Nos destrozan, nos abruman!,
 ¡Con su fuerza nos aplastan!

.....
 Por los labios de Terán
 Ligera sonrisa vaga:
 —Es claro, mi general,
 Con cierta firmeza exclama,
 Seguro es que perderemos,
 Con notable desventaja.
 ¡Tienen buena artillería
 Y la artillería es muy brava!

A su vez sonrióse Sesma
 Y mirándole á la cara,
 Casi exaltado, frenético,
 Con la vista demudada,
 No contra él, sino al sentir
 De la impotencia la rabia,
 Dice: ¡Adivinad un medio!
 ¡Buscadlo sin más tardanza!

.....
 Terán vuelve á sonreír
 Y dice con gran cachaza:
 —Sólo un medio, sólo uno,
 Mi pobre saber alcanza!
 —¿Y cuál es? ¿Lo adivinásteis?
 ¡Si nó, callad que ya basta!
 —... ¡Quitarles la artillería!
 —¡Pues bonita adivinanza!

V

La noche está tenebrosa,
 Noche de profunda calma,
 Pues aunque nubes espesas
 Ocultan la faz de Diana,
 Cual si de intento lo hicieran
 Por una sublime causa,
 No se escuchan más rumores
 Que el viento que en la enramada,
 Se desliza placentero,
 Cual si infundiera en las almas
 Algo sublime y grandioso,
 No envidia, emulación santa,
 Por llegar á conseguir
 La libertad anhelada....
 ¡Ahí van los insurgentes!
 Débiles son sus pisadas.
 No interrumpen el silencio
 De esa noche memoranda.
 El campamento enemigo
 Se encuentra en completa calma.

De la gran artillería
 Un capitán es el guarda
 Y no piensa en el peligro
 Que la suerte le depara.
 De súbito.... clamoreos,
 Gritos, golpes, cuchilladas,
 Interrumpen el silencio
 Y comienza la matanza.....
 Las nubes se retiraron
 Y, al final de la jornada,
 La luna iluminó el campo
 Con su luz plácida y blanca.
 Los insurgentes triunfantes
 Quieren seguir la batalla....
 ¡No queda un solo enemigo!
 ¡La artillería está tomada!

EMILIO DE ARRIOLA.



ALBINO GARCIA.

Era terror del Bajío
El manco Albino García,
Gran jinete machetero
Hasta perderse de vista;
De tan agudo chirúmen,
Tal travesura y tal chispa,
Que le llamaban las viejas
El coco de los realistas.
Era como de fantasmas
Su temeraria guerrilla;
Ya furibunda atacaba,
Ya fugaz desaparecía,
Cual si de brujas y duendes
Se compusieran sus filas.
Sus cureñas y cañones
De resorte parecían,
Como que iban en las bolsas
De su entusiasta guerrilla.
Los atormentados pueblos
Su tránsito conocían
Por los rastros del incendio,
La orfandad de las familias,
Y los muertos insepultos
Que quedaabn en las ruinas.
De Negrete y García Conde
Las tropas le perseguían;
Ya en San Miguel se les pierde
Ya le alcanzan en Yuriria,

Y ya al tocar Irapuato
Resienten sus embestidas.
García Conde fatigado,
Deja de seguir su pista,
Y á Iturbide le encomienda
Que al guerrillero persiga.
Iturbide se disfraza,
Se finge Pedro García
Hermano carnal de Albino,
Y que á darle auxilios iba.
Entra al valle cauteloso,
Estalla la gritería,
Despiertan en la matanza
Los que tranquilos dormían;
Resistir quieren en vano;
Preso está Albino García,
Y orgulloso, alborozado,
Rebosando en alegría,
En pelotón á las tropas,
Del guerrillero fusila.

II.

Con poderosa custodia,
Sin armas, y bien sujeto,
Camina con Iturbide,
Albino, á Celaya preso.
García Conde, enajenado
De regocijo al saberlo,
Y dando á su desahogo,
Colorido de grotesco,
Mandó formar á sus tropas,
Ordenó repique á vuelo,
Le hizo irónicos honores,
Pero poco satisfecho,
Frente al balcón de su estancia
Le llevaron con apremio.
Allí el vencedor terrible
Se desató en improperios,
Entre los gritos salvajes

Y los aplausos del pueblo.
Albino marchó al cadalso,
No arrogante, sí sereno;
Besó al confesor la mano,
Dirigió la vista al cielo,
Y á la multitud curiosa
Se encaraba con desprecio,
Cuando se escuchó vibrante
La terrible voz de "¡fuego!"

GUILLERMO PRIETO.



EL PACHON.

Bustamante está acampado
En el Cristo y Santa Mónica,
Y ocupan Atzacapotzalco
De la vanguardia las tropas.
Desde allí se oyen las voces
De la división de Eldorza,
Y se ve al mayor Buceli
Con las fuerzas españolas.
Todo parece pendiente
De los Tratados de Córdoba
Que mientras se oyen razones,
Las armas están de sobra.
Los soldados, impacientes,
Entre tanto se provocan,
Y los bravos de Codallos
Hasta Atzacapotzalco tocan,
Entre avances y disparos
Del audaz don Lino Alcorta.
Con los músicos de Murcia
Enfurecido se choca,
Que desertan de la orquesta,
Arremeten y alborotan.
Oye del cañón el trueno
Desde Tacubaya Concha,
Y con sus fuerzas acude
Atravesando las lomas.
Alistase Bustamante,
Y, precavido patriota,

Ordena una retirada
 Tranquila, pero juiciosa.
 La retaguardia acuchillan
 Intrépidos los de Concha,
 Que traducen como miedo
 Lo que de prudencia es obra.
 Entonces, enfurecidos
 Vuelven riendas los patriotas:
 "¡A ellos!"—grita Bustamante,
 "Fuego" las trompetas tocan,
 Y los soberbios corceles
 Como el huracán se arrojan
 Sobre las terribles filas
 De las fuerzas españolas.
 Horror, y muerte, y gemidos
 Envuelven las negras sombras:
 Y la batalla se acrece
 Más intensa y más rabiosa.
 De Atzacapotzalco en el templo
 Están las fuerzas de Eldorza;
 De Bustamante los bravos
 Las ciñen y las acosan.
 En medio de la refriega
 Y entre la lid congojosa,
 Se hunde en el lodo pesado
 Un cañón de los patriotas.
 Allí mil lides se traban,
 Le pierden y le recobran;
 Y ya ¡viva Bustamante!
 Se escucha, ó vivas á Concha.
 "El Pachón" la lid decide;
 Sólo, erguido, ardiendo en cólera,
 A la pieza se abalanza,
 En brazos casi la toma,
 Despedazando á su paso
 Cuanto obstruye y cuanto estorba;
 Y cuando ya victorioso
 Se alza y grita con voz ronca
 "¡Que viva la Independencia!"

Como anuncio de victoria,
 Cien balas rompen su seno
 Cortando su voz fogosa
 Y una vida, cuyos hechos
 Justa la fama pregona.
 Del Valiente Bustamante
 Vitores gritan las tropas,
 Mientras en tropel se alejan
 Los batallones de Concha,
 Ocultándole á Novella
 Su despecho y su derrota.
 De Bustamante fué el nombre,
 Mas fué del Pachón la gloria.

GUILLERMO PRIETO.



Prisión y muerte de Matamoros

I.

Tras de cercados de piedras
Que al tocarlas se estremecen,
Los derrotados patriotas
Contra Llano se hacen fuertes.
Llano dispone que Orrantia,
Con su tropa floreciente
Y con cañones tremendos,
Ataque á los insurgentes...
Estos le rompen el fuego,
La batalla se enfurece,
Mas los cercados de piedra
Con el cañón se conmueven
Y se tornan en metralla
Al abatirse y romperse.
El tumulto de dispersos
Quiere abalanzarse á un puente
Estrecho que rompió el río
Con empuje de torrente.
Allí consúmense horrores
Que espantan y que estremecen.
Bravo y Galeana se salvan,
Sólo á Matamoros vése
Reluchando con las olas
Y alentando á sus valientes;

Pero un soldado, Rodríguez,
 Desde un vado le acomete,
 Y de allí preso le llevan,
 Como en triunfo, esbirros crueles,
 Y á Valladolid camina,
 Donde le espera la muerte.
 Morelos, en salvo, escribe,
 A un amigo que bien quiere:
 "Nos queda algo de Morelos;
 "Dios entero nos protege."

II.

Digna y serena la frente
 Que ciñe el rubio cabello;
 Es el color de sus ojos
 Como esperanza en el cielo;
 Con el paso mesurado,
 Y tan firme cual modesto;
 En la diestra un Crucifijo
 Que estrecha contra su pecho,
 Entre insolentes soldados
 Que cuasi insultan al preso;
 En medio de inmensa turba
 Que embarga mortal silencio,
 Va marchando Matamoros
 En Valladolid el bello,
 Hasta tocar de su plaza
 En el despejado centro,
 Donde le espera el suplicio
 Como á furibundo reo.
 Ni un suspiro, ni una queja
 Interrumpieron el rezo
 Con que el noble sacerdote
 Aclamaba al Sér Eterno;
 Pero en torno de su frente
 Volaban nobles recuerdos
 De bravura y patriotismo,

De gloria y de heróico estuerzo.
 Ese pecador contrito,
 Es el mismo que en un tiempo
 El confin de Guatemala
 Sembró de inmortales hechos;
 Esa diestra en que hace peana
 De la Cruz del Sér Excelso,
 Es la que en Cuautla, empuñando
 Resuelta el terrible acero,
 El orgullo de Calleja
 Hizo que besase el suelo.
 Esa frente, que las sombras
 De eternidad van cubriendo,
 Es del inclito caudillo
 Que del Palmar entre el fuego
 Descollando se mostraba
 Aterrando á los iberos.
 Como señor absoluto
 De la tormenta y el trueno.

No importa que el artificio
 De algún impostor rastrero
 Le finja retractaciones
 Y llame á sus glorias yerros:
 La Historia, justa y severa,
 Le tiene asignado un puesto.
 El del gran Morelos brazo,
 El del patriotismo, aliento,
 El de la virtud dechado,
 Flor de oro de los guerreros,
 Va caminando al suplicio
 Recogido y circunspecto;
 Solamente sus verdugos,
 Que son verdugos del pueblo,
 Se acercaron: Matamoros
 Toma en su mano un pañuelo,
 Con que se venda los ojos
 Con pulso firme y sereno.
 Le forma cerco la tropa,
 Levanta la frente el reo,

Se oye preparar las armas,
 Y una voz exclama: "¡¡Fuego!!"....
 La Historia, en la hirviente sangre
 Empapó llorosa el dedo,
 Y en los fastos de Calleja
 Escribió "Tres de Febrero."

GUILLERMO PRIETO.



AYALA Y SUS DOS HIJOS.

En apartado aposento
 De la hacienda de Temilpa,
 En limpio catre de lona
 Y tras de blancas cortinas,
 Está don Francisco Ayala,
 Presa de fiebre maligna,
 Luchando por levantarse
 Para perseguir realistas.
 Al verle mudo é inerte,
 ¿Quién pensara, quién diría
 Que era el mismo que tremendo
 Blandió su espada temida
 En Mapaxtlán, destrozando
 A las fuerzas enemigas?
 ¿Quién que era el rayo terrible
 Que en Nenecuilco teñida
 Dejó en sangre la vereda
 Que le abrió su espada invicta?
 Triste se halla y silencioso,
 Con dos hijos que le cuidan,
 Y con cuatro amigos fieles
 Que componen su familia.
 De pronto se abre una puerta,
 Y una voz despavorida.
 Con tono inquieto de alarma
 Y muy temblorosa, grita:
 "Alto, señor don Francisco,
 "Señor don Francisco, arriba,